





**¿3mo deciros ¿st**

*Julián Casabón*



A los que están ocultos en sí mismos.  
A los que se agotan  
en esfuerzo continuo  
por ignorar.  
A los que apenas sobreviven  
bajo el peso de las falsas noticias.  
No los pobres, ni los locos.  
No los tontos, ni los inútiles, ni los últimos.  
No los que sufren abiertamente  
y lloran, piden, gritan.  
Estos son fuertes en la verdad y no se esconden.  
La soledad de estos es verdadero abandono.  
Es bien visible el sufrimiento de estos.  
Más bien a los torcidos,  
a los que no conocen su miseria,  
los que, en su mayor debilidad,  
hambrientos,  
intentando el poder que desean,  
roban, matan o engañan  
y aíslan a los otros  
para aumentar las defensas de su alma.  
A los siervos del miedo.  
A vosotros, tan profunda, tan sutilmente heridos  
que no os atreveis a mirar vuestro propio terror,  
oíd que os digo:  
Consolaos. Sed fuertes.  
No perdurará la mentira.  
No os sobrevivirá el mal.  
No estáis condenados, ni faltos de amor.  
Os levantaréis y volveréis al camino.  
Ninguna sombra

recibió autoridad sobre vosotros.  
Ya sois libres, ahora, ahora mismo.  
No estáis solos.  
Levantad la cabeza.  
Abrid los ojos, ved a todos los seres  
cuyo dolor os guía sin saberlo  
para dar este paso necesario.  
Pues os están llamando.  
Son ellos los que pueden rescataros.  
Así, dejad caer todas las armas y murallas que os  
impiden vivir  
y escuchad esos gritos.  
Escuchad. Solo es esto.  
Concedeos un tiempo de escuchar,  
hasta saber si verdaderamente son solo una molestia  
o un ser de vuestra misma sangre  
que pide ayuda.  
El oído despertará el corazón.  
El corazón abierto moverá la cabeza y las manos.  
Inútil, caerá ese peso insufrible  
y quedará por todos olvidado.  
Y me veréis.  
Veréis lo que ya sois.  
Mis queridos hermanos.

Vivías intentando  
construir una imagen aceptable.  
Recogías pesados materiales  
y encontrabas equilibrios dudosos.  
Tu seca lucidez los desechaba de inmediato.  
Nada considerabas aceptable.  
Ibas detrás de un muerto.  
Sufrías ocultándolo  
en callada vergüenza.  
Eran así tus días,  
vacilantes entre el hambre y el miedo,  
mientras buscabas  
un capital de luz  
que añadir a tus cuentas.  
Aprendías (en vano)  
cómo poder dormir,  
cómo escapar un tiempo.

Desde que te conozco  
solo tenía ojos para tí  
y, sin otra esperanza, te seguía.  
Pero hoy al detenerte,  
en tu mirada ya no estaba solo.  
La multitud de seres que te busca  
ha encontrado cobijo  
en un sitio escondido de mi vida.  
Y has abierto otra puerta para mí,  
para todos nosotros.



Vosotros  
que no vivís del gozo,  
y que os creéis perdidos  
en la seguridad de la condena,  
aislados y sedientos,  
haciendo infierno  
de este hermoso jardín.  
Escuchad la palabra  
que traigo del arroyo,  
el sol, la hierba  
y los pequeños pájaros  
y vedme en el camino,  
donde hago voto de permanecer  
hasta veros erguidos.  
Porque vosotros sois  
el verdadero y único  
lazo de amor que me ata.  
Mis hijos, mis hermanos, mis padres,  
mis maestros.

El árbol es el árbol  
y, como yo, tampoco tiene asiento en sí mismo.  
Acaso ni los pájaros que duermen en las ramas lo  
conocen.  
El árbol no es un signo.  
No manifiesta nada.  
No es su función comunicar ideas,  
crear palabras ni colorear sueños.  
Yo no le canto al árbol.  
Yo no sé su lenguaje ni sé medir su tiempo.  
En silencio lo respeto y admiro.  
En su sombra descanso,  
me apoyo en su firmeza  
y me quedo dormido algunas veces  
escuchando el rumor del aire entre las hojas.  
El árbol está vivo y me acompaña  
y su juego es mi juego.

El peregrino ha sido en otro tiempo  
juez y verdugo  
y un viento circular le devuelve a su tierra.  
Pide perdón a todos  
los que dañó.  
Agradece en secreto  
su propia inexplicable salvación.  
Ha vivido en sí mismo  
cada lamento y soledad causados.  
Así se reconoce  
compañero de todos en el dolor  
que volvió como llamas  
destruyendo el engaño.  
Sin entenderlo acepta  
el misterio del deseo y sus víctimas.  
Sus manos no preguntan y trabajan  
en cada herida que se le presenta.  
Día a día renueva, sorprendido,  
la compañía, las tareas diarias,  
la desnuda verdad del cumplimiento de la vida  
y toda cosa que junto a él sucede  
se ilumina en un cántico.

A menudo te llaman los seres de tu historia  
o, cada vez que vuelves a pasar a su lado,  
te reclaman aquello que hiciste o que no hiciste  
y recoges de ellos cualquier resto de gozo y de dolor.  
Aunque te gustaría mucho más  
descansar en el vientre de la vida  
y acallar esas voces que quieren arrastrarte.  
Pero ahora ya todo cabe en tí  
y encuentra su lugar  
para volver después más transparente.  
Y tú, ¿cómo podrías escapar de quien eres?  
Sabes que es necesario  
recibir cada cosa que queda sin cumplir  
y devolverla al mundo conocida y amada.  
Este ritmo eres tú.  
Inspirar y espirar.  
Ver el dolor y envolverlo en amor  
con la luz que no es tuya,  
siendo el aliento mismo  
del mundo que divides.  
Sin quedarte con nada.  
Sin descansar en nada,  
sino en el filo mismo de la vida.

¿Cómo aprender a resignarse?  
¿Cómo dejar la confianza fuera de la vida  
y vivir aferrado  
a alguna cosa estable del pasado,  
alguna idea presentable,  
alguna certidumbre duradera?  
Tú no encajas en eso,  
aunque a veces te arrastra la costumbre.  
A tí todo te empuja a este recomenzar  
y vas dejando un rastro de objetos inservibles  
que otros aprovechan muy bien.  
Con dolor o sin él,  
quieres andar la senda del aliento.  
Desechas los proyectos cuando los reconoces.  
De solo a sola cantas  
y se van deshaciendo tus ropas,  
tus hábitos e ideas.  
Ahora estás herido, pero sabes  
lo que sucederá, lo que está sucediendo.  
El tiempo justo de convalecer  
y saldrás otra vez al aire,  
más ligero.



Al corazón mayor que nos reúne

